

## SEAN SANTOS PORQUE YO SOY SANTO

### DIOS ATRAE A SU PUEBLO

*"Ya han visto lo que hice con los egipcios, y como a ustedes los llevé sobre alas de águila y los traje a mí. Ahora, pues, si de veras escuchan mi voz y guardan mi alianza, ustedes serán mi propiedad personal entre todos los pueblos, porque mía es toda la tierra; serán para mí un reino de sacerdotes y una nación santa"* (Ex . 19,4-6).

La santidad del pueblo se nos presenta como la finalidad y el contenido de la historia de la salvación. Al final de todo su peregrinar, Dios esperaba, con amor de Padre, al pueblo de Israel, sobre la cima del monte Sinaí («Los he traído a mí»), para comunicarle su santidad.

La santidad es el tema dominante del libro del Levítico, en el que leemos: «*Sean santos, porque yo, el Señor, su Dios, soy santo*» (Lv. 19,2).

En el Deuteronomio comienza a clarificarse qué significa ser santos. «*Tú - se lee- eres un pueblo consagrado a Yahveh tu Dios; él te ha elegido a ti para que seas el pueblo de su propiedad personal entre todos los pueblos que hay sobre la faz de la tierra*» (Dt. 7,66). «Santo» significa, pues, «consagrado», es decir, elegido y separado del resto del mundo y destinado al servicio y al culto de Dios y al testimonio de amor y servicio. Santo es todo lo que entra en una relación particular con Dios, después de haber sido separado de todo lo demás, **para ser profecía de su Amor.**

Y nosotros los “Consagrados”: *“El servicio al cual están llamados los consagrados no es el de ser modelo de vida impecable, sino, como a menudo recuerda el Papa Francisco, de ser y volverse siempre más “pecadores perdonados”, capaces de animar la esperanza de todos y cada uno, de poder experimentar en la propia vida esta misma gracia de misericordia”*. La profecía es mostrar a todos que el amor de Dios nos permite vivir en el límite y en la pobreza existencial y también espiritual, en modo sereno. La Iglesia es un hospital de campaña. Pero también es la enferma de su mismo hospital. Y porque somos enfermos continuamente sanados, estamos en grado de comprender y sanar las heridas de los otros.

La conciencia de tener llagas nos libera; sí, nos libera de volvernos autorreferenciales, de creernos superiores. Nos libera de esa tendencia «prometeica de quienes en el fondo sólo confían en sus propias fuerzas y se sienten superiores a otros por cumplir determinadas normas o por ser inquebrantablemente fieles a cierto estilo católico propio del pasado» El Pueblo de Dios no espera ni necesita de nosotros superhéroes, espera pastores, hombres y mujeres consagrados, que sepan de compasión, que sepan tender una mano, que sepan detenerse ante el caído y, al igual que Jesús, ayuden a salir de ese círculo de «masticar» la desolación que envenena el alma (*Papa Francisco a los Consagrados*)

### LA SANTIDAD, DE ISRAEL A LA IGLESIA

Pasamos ahora al Nuevo Testamento. San Pablo escribe: «*Cristo amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, purificándola mediante el baño del agua, en virtud de la palabra, y presentársela resplandeciente a sí mismo; sin que tenga mancha ni arruga ni cosa parecida, sino que sea santa e inmaculada*» (Ef.

5,25-27). Todo lo que Jesús ha hecho - encarnación, pasión, resurrección- tiene esta finalidad precisa: formar un pueblo santo, una Iglesia santa.

San Pedro lo dice, aplicando a los cristianos las palabras del Éxodo que hemos escuchado antes: **«Pero ustedes son linaje elegido, sacerdocio real, nación santa, pueblo adquirido»** (1 Pe. 2,9).

De aquí brota el gran mandato que leemos en la misma carta de Pedro: **«Así como el que los ha llamado es santo, así también ustedes sean santos en toda su conducta, como dice la Escritura: "Serán santos, porque santo soy yo"»** (1 Pe. 15-16). El ideal de la santidad se transmite de este modo de Israel a la Iglesia. «Sean santos», más que un mandato, es un privilegio, un don, una concesión inaudita, una gracia. No es, como podría parecer, una obligación superior a nuestras fuerzas que Dios carga sobre nuestras espaldas, sino una herencia paterna que quiere transmitirnos. El motivo fundamental por el cual debemos ser santos es que Él, nuestro Dios, es santo. Es una especie de herencia, que los hijos deben «asumir» de su padre. **«Sean perfectos - dice Jesús- como es perfecto su Padre celestial»** (Mt. 5,48).

Nuestra primera tarea es, entonces, liberar la palabra «santidad» de todo lo que inspira miedo y oscurantismo, presentándola como un ideal demasiado alto para criaturas hechas de carne y hueso como nosotros, como si hacerse santos significase renunciar a ser hombres o mujeres normales, plenamente realizados en la vida. Hemos de empezar enamorándonos de la palabra «santidad», de tal modo que, al oírla, no sintamos miedo, sino que vibren las cuerdas más profundas de nuestro ser y nos llene de santa nostalgia. La consigna es: *no tener miedo, no dar miedo, ayudar a los otros a liberarse del miedo.*

Ser santos significa, por lo tanto, ser criaturas realizadas, logradas; no ser santos significa fracasar. El contrario de "santo" no es "pecado", sino "fracasado".

Tenemos que superar otro prejuicio, a propósito de la santidad, además del que acabamos de examinar, según el cual no nos podemos realizar plenamente. Se trata del prejuicio de que la santidad es un ideal reservado a una élite, unos privilegiados, que vive en condiciones especiales. Conocemos el texto del Concilio Vaticano II que habla de la "universal vocación del Pueblo de Dios a la santidad". Entre otras cosas, dice: **"por ello, en la Iglesia, todos, lo mismo quienes pertenecen a la Jerarquía que los apacentados por ella, están llamados a la santidad, según aquello del Apóstol: Porque ésta es la voluntad de, Dios, su santificación** (1 Ts. 43) (Lumen Gentium 39). Un día, un periodista le preguntó a quemarropa a la Madre Teresa de Calcuta qué se sentía al ser considerada por todo el mundo una santa. Ella reflexionó un momento, y luego dijo: «Ser santos no es un lujo, es una necesidad». Es cierto. Ser santos no es un *opcional*; es el deber primero y más grande que tenemos.

La santidad es Dios mismo. El título predilecto de Dios en Isaías es *"el Santo de Israel"*. También para la Virgen María es éste el nombre propio de Dios: *"su nombre es Santo"*, exclama en el *Magnificat*. También la liturgia, en la segunda Plegaria Eucarística, dice: *«Santo eres en verdad, Señor, fuente de toda santidad»*.

La impresión más linda del profeta Isaías en la visión de la gloria de Dios fue la de su santidad, que los serafines proclamaban diciendo: *«santo, santo, santo es el Señor Dios del universo»* (Is. 6,3).

Dios es santo porque es el *«totalmente otro»* con respecto a todo lo que la criatura puede pensar y hacer. Es el absoluto, en el sentido original, desligado de todo lo demás y aparte. Es el *trascendente*, en el sentido de que está más allá de todas nuestras categorías. Los juicios de Dios, sus obras y sus vías suelen ser llamados santos, o también rectos y justos. Todo lo hace por un amor paterno y materno.

Dios es, pues, la fuente de toda santidad. Pero esta santidad divina no está a nuestro alcance, es inaccesible para nosotros. Él es Espíritu, nosotros somos carne; hay un abismo entre nosotros y Él. «*Soy Dios, no hombre; en medio de ti yo soy el Santo*», dice el Señor (Os. 11,9). Pero la consoladora respuesta a esta realidad es que la santidad de Dios se hizo carne y vino a habitar entre nosotros. Cuando, después del discurso en la sinagoga de Cafarnaúm sobre el pan de vida y la reacción escandalizada de algunos discípulos, Jesús pregunta a los apóstoles si también ellos se quieren ir, Pedro responde: «*Señor, ¿a quién vamos a ir? Tú tienes palabras de vida eterna, y nosotros creemos y sabemos que tú eres el Santo de Dios*» (Jn. 6,68-69).

Un hombre poseído por un espíritu inmundo se pone a gritar cuando aparece Jesús: «*¿Qué tenemos nosotros contigo, Jesús de Nazaret? ¿Has venido a destruirnos? Sé quién eres tú: el Santo de Dios*» (Lc. 4,34). La percepción de la absoluta santidad de Cristo se da aquí por contraste; los demonios no pueden soportar la presencia de la santidad de Cristo, de tan fuerte que es. Nuestra contemplación de la santidad de Dios se concentra ahora en la persona de Jesucristo; Él es la fuente histórica de donde viene toda santidad.

## **SANTIDAD VIVIDA EN LAS BIENAVENTURANZAS**

La de Cristo es una **santidad vivida**. La lectura de los Evangelios nos muestra cómo la santidad de Jesús no es un principio abstracto o una simple deducción teológica, sino que es una santidad real, vivida momento a momento y en las situaciones más concretas de la vida. Las Bienaventuranzas no son un hermoso programa que Jesús traza a sus discípulos, sino que en ellas les entrega su misma vida y experiencia, llamándolos a entrar en su esfera de santidad. Enseña lo que hace, por esto dice: «*Aprendan de mí que soy paciente y humilde de corazón*» (Mt. 11,29). Dice que perdonemos a los enemigos (que es la exigencia ética más radical que podamos pensar), pero sabemos que Él mismo ha perdonado a quienes lo clavaban en la cruz: "*Padre, perdónalos, porque no saben la que hacen*" (Lc 23,34).

En Jesús vemos, pues, que ser santos significa ser hombres verdaderos y auténticos. La Iglesia, en el concilio de Calcedonia, ha definido a Jesús como «*hombre perfecto*», o «*perfecto en humanidad*».

Jesús es «*verdadero*» hombre, hombre «*perfecto*». Significa que es el hombre "nuevo", el hombre sin pecado que finalmente realiza plenamente la vocación del hombre, que consiste en ser imagen de Dios. Es el modelo perfecto de humanidad, «*el Adán definitivo*», como lo define san Pablo (1Cor. 15,45), y esto precisamente porque es el Santo de Dios.

Palabras del papa Francisco en Santiago de Chile:

«*Al ver a la multitud*» (Mt 5,1). *En estas primeras palabras del Evangelio que acabamos de escuchar encontramos la actitud con la que Jesús quiere salir a nuestro encuentro, la misma actitud con la que Dios siempre ha sorprendido a su pueblo (cf. Ex 3,7).*

*La primera actitud de Jesús es ver, mirar el rostro de los suyos. Esos rostros ponen en movimiento el amor visceral de Dios. No fueron ideas o conceptos los que movieron a Jesús... son los rostros, son las personas; es la vida que clama a la Vida que el Padre nos quiere transmitir.*

*Al ver a la multitud, Jesús encuentra el rostro de la gente que lo seguía y lo más lindo es ver que ellos, a su vez, encuentran en la mirada de Jesús el eco de sus*

*búsquedas y anhelos. De ese encuentro nace este elenco de bienaventuranzas que son el horizonte hacia el cual somos invitados y desafiados a caminar.*

*Las bienaventuranzas no nacen de actitudes criticonas ni de la «palabrería barata» de aquellos que creen saberlo todo pero no se quieren comprometer con nada ni con nadie, y terminan así bloqueando toda posibilidad de generar procesos de transformación y reconstrucción en nuestras comunidades, en nuestras vidas.*

*Las bienaventuranzas nacen del corazón misericordioso que no se cansa de esperar. Y experimenta que la esperanza «es el nuevo día, la extirpación de una inmovilidad, el sacudimiento de una postración negativa» (Pablo Neruda, El habitante y su esperanza, 5).*

*Jesús, al proclamar las bienaventuranzas viene a sacudir esa postración negativa llamada resignación que nos hace creer que se puede vivir mejor si nos escapamos de los problemas, si huimos de los demás; si nos escondemos o encerramos en nuestras comodidades, si nos adormecemos en un consumismo tranquilizante (cf. Exhort. ap. Evangelii gaudium, 2).*

*Esa resignación que nos lleva a aislarnos de todos, a dividirnos, separarnos; a hacernos los ciegos frente a la vida y al sufrimiento de los otros. Y frente a la resignación que como un murmullo grosero socava nuestros lazos vitales y nos divide, Jesús nos dice: bienaventurados los que se comprometen por la reconciliación. Felices aquellos que son capaces de ensuciarse las manos y trabajar para que otros vivan en paz. Felices aquellos que se esfuerzan por no sembrar división. De esta manera, la bienaventuranza nos hace artífices de paz; nos invita a comprometernos para que el espíritu de la reconciliación gane espacio entre nosotros.*

## **SIERVO DE LA CARIDAD, EN CAMINO DE SANTIDAD**

Veamos unos pensamientos de Don Guanella expresados en el Reglamento de 1910, Capítulo 1º. Comienza diciendo: “*La finalidad primaria del Instituto de los Siervos de la Caridad es la santificación de sus miembros*”.

Explica nuestro Fundador que en el mundo de los negocios, los interesados se agrupan en cuestiones de comercio, industria, estudio, etc. También en una sociedad civil los miembros se comprometen y van de acuerdo para asegurarse el éxito de sus intereses materiales. Nosotros como Congregación, comprometemos las potencias de la mente, del corazón y las fuerzas físicas, para lograr en grado pleno y seguro nuestra prosperidad, es decir, la santificación cristiana y religiosa.

Cada miembro, así como tiene la obligación de la santidad para consigo mismo, tiene también el derecho de esperar que cada uno se esfuerce por lograr la santificación de su propia alma, según su capacidad y la gracia que recibe de Dios para su bien y el buen ejemplo para los cohermanos.

El Siervo de la Caridad consigue este fin, con el estudio y la práctica del Sermón de la Montaña: Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos, bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán al Señor; y también son bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, es decir que tienen el santo deseo de cumplir en todo y siempre la voluntad de Dios; ellos son bienaventurados porque serán saciados en su santo anhelo.

Todo buen Siervo de la Caridad debe gloriarse por el estudio y la profesión de los Votos religiosos como un excelso honor, debe amar la profesión de los Votos

religiosos como un incalculable tesoro y practicar las virtudes, con verdadero entusiasmo.

Yendo al detalle, es absolutamente necesario que todo Siervo de la Caridad entre en el Instituto con recta intención, tenga las aptitudes para observar las Reglas y se aplique a ellas con firme voluntad, dejando luego a la gracia del Señor conducir a las almas hacia su perfeccionamiento.

Termina Don Guanella el artículo sobre la finalidad primaria, diciendo que se debe pensar y actuar para bien de los más necesitados, con estas palabras: *“De aquí se deduce que los Siervos de la Caridad deben sentir el vivo deber y el deseo común de acudir en ayuda del cuerpo y del espíritu de sus hermanos, hijos todos en la familia del Padre celestial”*.

Luego El Fundador pasa al segundo número, sobre la finalidad secundaria de los Siervos de la Caridad, conforme al segundo precepto semejante al primero: *“Ama a tu prójimo como a ti mismo”*.

Hoy, en el mundo globalizado del siglo XXI, nosotros, los Siervos de la Caridad, junto a las Hijas de Santa María de la Providencia y a los Cooperadores, existimos y actuamos en la Iglesia y en el mundo en virtud de la santidad de don Guanella, del carisma y del espíritu que ha recibido del Espíritu Santo. Nos encontramos en el camino del Evangelio de la caridad para santificarnos y para dar testimonio al mundo, de Dios Padre de misericordia.

Pablo VI decía de don Guanella en el discurso de beatificación: *“Una gran piedad, una asidua oración, un esfuerzo de continua comunión con Dios sostiene toda la actividad del hombre de Dios: se diría que sólo piensa en esto. Entonces una gran humildad invade a todo propósito y esfuerzo de él”*.

Nosotros reconocemos al Fundador como nuestro maestro y padre, y continuamos como su familia, su santidad y su amor.